

DOMINGO II DE CUARESMA (A)
Homilía del P. Bernabé Dalmáu, monje de Montserrat
17 de febrero 2008
Gn 12,1-4a / 2Tm 1,8b-10 / Mt 17,1-9

Queridos hermanos y hermanas:

Como cada año, el Evangelio de la Transfiguración del Señor centra este segundo domingo de Cuaresma. La escena nos es familiar. Jesús deja ver su gloria, con Moisés y Elías como testigos cualificados. Los tres apóstoles escogidos, Pedro, Juan y Santiago, quedan asustados pero al mismo tiempo admiran la luz entorno a Jesús que los deja cómo cegados.

Los tres primeros evangelistas sitúan este episodio en el contexto de la profesión de fe de Pedro "Tú eres el Mesías" y del primer anuncio que hacía falta que Jesús sufriera mucho, fuera muerto y resucitara. San Juan, en cambio, que no describe la Transfiguración, presenta todo su evangelio bajo el registro de la gloria.

Podemos reflexionar sobre el tema de hoy, a partir de dos hechos indiscutibles del mensaje cristiano: que Cristo ha resucitado y que en la celebración eucarística empezamos a vivir nuestra propia resurrección.

Que Cristo haya resucitado implica que haya muerto. Y la muerte y la sepultura del Señor son el último episodio de la historia del hombre Jesús de Nazaret. Pero los cuatro evangelios, que son prácticamente la única fuente para conocer esta historia, son también testimonios de su resurrección. Incluso cada episodio de la vida de Jesús, empezando por la anunciación a María, no solamente tiene que ser leído a la luz de la fe en la resurrección, sino que nos habla de esa fe. Y la Transfiguración, quizás, como ningún otro episodio. Por eso es apropiado que este evangelio sea proclamado en el domingo, y en el domingo de Cuaresma, para que la preparación para la Pascua nos vaya acompañada, como decíamos en la oración del domingo pasado, de un conocimiento más profundo del misterio de Cristo y de una vivencia más intensa de sus implicaciones prácticas.

Así como los evangelios que nos hablan del Cristo resucitado contienen detalles para hacer ver que es realmente el hombre que murió y fue sepultado, así el episodio de su Transfiguración en el corazón de su vida terrenal nos hace ir más allá de lo que podía ser un hombre ejemplar, coherente, compasivo. Nos abren a una trascendencia. ¿Qué debieron captar los discípulos en el momento de la Transfiguración? El mandamiento de Jesús de que no dijeran nada a nadie de aquella visión viene a ser un toque de realismo después de una experiencia de aliento para acoger el destino de su persona. No fue la única vez que los tres discípulos tuvieron confidencias de Jesús sobre la voluntad del Padre con respecto a todo el mundo. Una salvación que tendría lugar a través de la cruz y de la gloria. En una ocasión, Pedro, Juan y Santiago fueron introducidos en la estancia donde Jesús levantó de la muerte a la hija de Jairo. En otra, ellos mismos fueron llevados a ver de cerca la agonía del Maestro, la lucha en la hora que, por su muerte, Dios sería glorificado. Así se acostumbraban -sin acabarlo de entender- que aquel amigo, que aquel Maestro, que aquel mensajero de la misericordia de Dios era el centro de una salvación definitiva.

Y así podemos entrar en el segundo hecho indiscutible de nuestra fe: que en la eucaristía empezamos a participar de nuestra propia resurrección. Si hemos conocido que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos (cf. 1Jn

3,14), reunirnos para la eucaristía es integrar todo el despojo de nuestro egoísmo en el llamamiento que Dios nos hace a amarnos. Esta llamada, Jesús la ha ejemplarizado y la ha hecho activa con su muerte y su resurrección. Por así decirlo, por la eucaristía, como los tres discípulos, entramos en la nube que nos hace conocer a Jesús más de cerca, y con las palabras de los profetas del Antiguo y del Nuevo Testamento comprendemos mejor quién es el Profeta que Dios envió para decirnos una palabra definitiva.

Contemplémoslo, hermanos, para la profundización en la fe, la esperanza y la caridad. Contemplémoslo, ya que, "purificada nuestra visión interior" (Oración) por una vida cristiana coherente, nos convertimos en dignos de admirarlo en el icono del ábside de esta basílica, que está en el respaldo de la cátedra del que preside la eucaristía. No es un icono de la Resurrección del Señor o de su Ascensión, sino de la Transfiguración. Lo muestra el hecho de que una representación semejante ocupó el mismo sitio durante un tiempo de prueba y ahora se conserva en la sacristía.

En la representación de la Transfiguración guardada en la sacristía hay un detalle incongruente pero profundamente aleccionador. Ha representado no sólo al Cristo glorioso con Moisés y Elías, sino que los tres apóstoles están acompañados de san Benito y el abad Oliba, es decir, del padre de los monjes de Occidente y del fundador del monasterio e impulsor de paz y tregua. Este detalle desconcertante nos indica que todos tenemos que ser testigos de este Jesucristo que, de camino hacia la cruz, nos muestra la gloria con que el Padre lo reconoce como Hijo amado al que tenemos que escuchar.

El Padre lo reconoce. Nosotros también reconocemos al Padre, al Hijo y al Espíritu por la profesión de fe que ahora haremos. Pero antes dejadme acabar con otra confesión de fe, más antigua y más densa: aquélla que la segunda lectura nos ofrecía y que los monjes ya hemos cantado hoy en las alabanzas matinales en honor del Cristo resucitado: "nuestro Salvador Jesucristo, que destruyó la muerte y sacó a la luz la vida inmortal, por medio del Evangelio" (2Tm 1,10).